

# *Romeo y Julieta*

William Shakespeare

## PERSONAJES

ROMEO. ALEJANDRO VEGA.  
JULIETA. SARA SANTOS.  
NODRIZA. JASMINE.

Escena II

*(Jardín de la casa de Capuleto. Entra ROMEO.)*

ROMEO. Se ríe de cicatrices el que jamás recibió una herida.

*(Aparece JULIETA en la ventana.)*

¡Pero calla! ¿Qué luz brota de aquella ventana? ¡Es el Oriente, Julieta es el sol! Alza, bella lumbrera y mata a la envidiosa luna, ya enferma y pálida de dolor, porque tú, su sacerdotisa, la excedes mucho en belleza. No la sirvas, pues que está celosa. Su verde, descolorida librea de vestal, la cargan sólo los tontos; despójate de ella. [Es mi diosa; ¡ah, es mi amor! ¡Oh! ¡Que no lo supiese ella!-] Algo dice, no, nada. ¡Qué importa! Su mirada habla, voy a contestarle. -Bien temerario soy, no es a mí a quien se dirige. Dos de las más brillantes estrellas del cielo, teniendo para algo que ausentarse, piden encarecidamente a sus ojos que rutilen en sus esferas hasta que ellas retornen. ¡Ah! ¿Si sus ojos se hallaran en el cielo y en su rostro las

estrellas! El brillo de sus mejillas haría palidecer a éstas últimas, como la luz del sol a una lámpara. Sus ojos, desde la bóveda celeste, a través de las aéreas regiones, tal resplandor arrojarían, que los pájaros se pondrían a cantar, creyendo día la noche. ¡Ved cómo apoya la mejilla en la mano! ¡Oh! ¡Que no fuera yo un guante de esa mano, para poder tocar esa mejilla!

JULIETA. ¡Ay de mí!

ROMEO. ¡Habla! -¡Oh! ¡Prosigue hablando, ángel resplandeciente! Pues al alzar, para verte, la mirada, tan radiosa me apareces, como un celeste y alado mensajero a la atónita vista de los mortales, que, con ojos elevados al Cielo, se inclinan hacia atrás para contemplarme, cuando a trechos franquea el curso de las perezosas nubes y boga en el seno del ambiente.

JULIETA. ¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? Renuncia a tu padre, abjura tu nombre; o, si no quieres esto, jura solamente amarme y ceso de ser una Capuleto.

ROMEO (*aparte.*) ¿Debo oír más o contestar a lo dicho?

JULIETA. Sólo tu nombre es mi enemigo. Tú eres tú propio, no un MONTESCO pues. ¿Un MONTESCO? ¿Qué es esto? Ni es piano, ni pie, ni brazo, ni rostro, ni otro. ¡Oh! ¡Sé otro nombre cualquiera! ¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos rosa, lo mismo perfumaría con otra designación. Del mismo modo, Romeo, aunque no se llamase Romeo, conservaría, al perder este nombre, las caras perfecciones que tiene. -Mi bien, abandona este nombre, que no forma parte de ti mismo y toma todo lo mío en cambio de él.

ROMEO. Te cojo por la palabra. Llámame tan sólo tu amante y recibiré un segundo bautismo: De aquí en adelante no seré más Romeo.

JULIETA. ¿Quién eres tú, que así, encubierto por la noche, de tal modo vienes a dar con mi secreto?

ROMEO. No sé qué nombre darme para decirte quién soy. Mi nombre,

santa querida, me es odioso, porque es un contrario tuyo. Si escrito lo tuviera, haría pedazos lo escrito.

JULIETA. Mis oídos no han escuchado aún cien palabras pronunciadas por esta voz y, sin embargo, reconozco el metal de ella. ¿No eres tú Romeo? ¿Un MONTESCO?

ROMEO. Ni uno ni otro, santa encantadora, si ambos te son odiosos

JULIETA. ¿Cómo has entrado aquí? ¿Con qué objeto? Responde. Los muros del jardín son altos y difíciles de escalar: considera quién eres; este lugar es tu muerte si alguno de mis parientes te halla en él.

ROMEO. Con las ligeras alas de Cupido he franqueado estos muros; pues las barreras de piedra no son capaces de detener al amor: Todo lo que éste puede hacer lo osa. Tus parientes, en tal virtud, no son obstáculo para mí.

JULIETA. Si te encuentran acabarán contigo.

ROMEO. ¡Ay! Tus ojos son para mí más peligrosos que veinte espadas tuyas. Dulcifica sólo tu mirada y estoy a prueba de su encono.

JULIETA. No quisiera, por cuanto hay, que ellos te vieran aquí.

ROMEO. En mi favor esta el manto de la noche, que me sustrae de su vista; y con tal que me ames, poco me importa que me hallen en este sitio. Vale más que mi vida sea víctima de su odio que el que se retarde la muerte sin tu amor.

JULIETA. ¿Quién te ha guiado para llegar hasta aquí?

ROMEO. El amor, que a inquirir me impulsó el primero; él me prestó su inteligencia y yo le presté mis ojos. No entiendo de rumbos, pero, aunque estuvieses tan distante como esa extensa playa que baña el más remoto Océano, me aventuraría en pos de semejante joya.

JULIETA. El velo de la noche se extiende sobre mi rostro, tú lo sabes; si así no fuera, el virginal pudor coloraría mis mejillas al recuerdo de lo que me has oído decir esta noche. Con el alma quisiera guardar aun las apariencias;

ansiosa, ansiosa negar lo que he dicho; ¡pero fuera ceremonias! ¿Me amas tú? Sé que vas a responder -sí; y creeré en tu palabra. Mas no jures; podrías traicionar tu juramento: de los perjuros de los amantes, es voz que Júpiter se ríe. ¡Oh caro Romeo! Si me amas, decláralo lealmente; y si es que en tu sentir me he rendido con harta ligereza, pondré un rostro severo, mostrará crueldad y te diré no, para que me hagas la corte. En caso distinto, ni por el universo obraría así. Créeme, bello MONTESCO, mi pasión es extrema y por esta razón te puedo aparecer de ligera conducta; pero fía en mí, hidalgo: más fiel me mostraré yo que esas que saben mejor afectar el disimulo. Yo hubiera sido más reservada, debo confesarlo, si tú no hubieras sorprendido, antes de que pudiera apercibirme, la apasionada confesión de mi amor. Perdóname, pues, y no imputes a ligereza de inclinación esta debilidad que así te ha descubierto la oscura noche.

ROMEO. Señora, juro por esa luna sagrada, que platea sin distinción las copas de estos frutales

JULIETA. ¡Oh! No jures por la luna, por la inconstante luna, cuyo disco cambia cada mes, no sea que tu amor se vuelva tan variable.

ROMEO. ¿Por qué debo jurar?

JULIETA. No hagas juramento alguno; o si te empeñas, jura por ti, el gracioso ser, dios de mi idolatría, y te creeré.

ROMEO. Si el caro amor de mi alma

JULIETA. Bien, no jures: aunque eres mi contento, no me contenta sellar el compromiso esta noche. Es muy precipitado, muy imprevisto, súbito en extremo; igual exactamente al relámpago, que antes de decirse: -brilla, desaparece. ¡Mi bien, buenas noches! Desenvuelto por el hálito de estío, este botón de amor, será quizás flor bella en nuestra próxima entrevista. ¡Adiós, adiós! ¡Que un reposo, una calma tan dulce cual la que reina en mi pecho se esparza en el tuyo!

ROMEO. ¡Oh! ¿Quieres dejarme tan poco satisfecho?

JULIETA. ¿Qué satisfacción puedes alcanzar esta noche?

ROMEO. El mutuo cambio de nuestro fiel juramento de amor.

JULIETA. ¿Mi amor? Te lo di antes de que lo hubieses pedido. Y sin embargo. quisiera que se pudiese dar otra vez.

ROMEO. ¿Querías privarme de él? ¿A qué fin, amor mío?

JULIETA. Solamente para ser generosa y dártelo segunda ocasión. Mas deseo una dicha que ya tengo. Mi liberalidad es tan ilimitada como el mar; mi amor, inagotable como él; mientras más te doy, más me, queda; la una y el otro son infinitos.

*(La NODRIZA llama desde dentro.)*

Oigo ruido allá dentro. -¡Caro amor, adiós! -Al instante, buena nodriza. -Dulce MONTESCO, sé fiel. Aguarda un minuto más, voy a volver.

*(Se retira.)*

ROMEO. ¡Oh, dichosa, dichosa noche! Como es de noche, tengo miedo que todo esto no sea sino un sueño, dulce, halagador a lo sumo para ser real.

*(Vuelve JULIETA a la ventana.)*

JULIETA. Dos palabras, querido Romeo, y me despido de veras. Si las tendencias de tu amor son honradas, si el matrimonio es tu fin, hazme saber mañana por la persona que hará llegar hasta ti, en qué lugar y hora quieres realizar la ceremonia; e iré a poner mi todo a tus pies, a seguirte, dueño mío, por todo el universo.

NODRIZA *(desde dentro)*. Señora!

JULIETA. Voy al momento. -Pero si no es buena tu intención, te ruego...

NODRIZA *(desde dentro)*. ¡Señora!

JULIETA. Al instante, allá voy: -que ceses en tus instancias y me

abandone a mi dolor. ¡Mañana enviaré!

ROMEO. Por la salud de mi alma.

JULIETA. ¡Mil veces feliz noche!

*(Vase.)*

ROMEO. Más que infeliz mil veces por faltarme tu luz.- Como el escolar, lejos de sus libros, corre el amor hacia el amor; pero el amor del amor se aleja, como el niño que vuelve a la escuela, con semblante contrito.

*(Retirándose pausadamente. Reaparece JULIETA en la ventana.)*

JULIETA. ¡Chist! ¡Romeo, chist! -¡Oh! ¡Que no tenga yo la voz del halconero, para atraer aquí otra vez a ese dócil azor! La esclavitud tiene el habla tomada y no puede alzarla; de no ser así, volaría la caverna en que habita Eco y pondría su voz aérea más ronca que la mía haciéndole repetir el nombre de mi Romeo.

ROMEO. Es mi alma la que llama por mi nombre. ¡Cuán dulces y argentinos son en medio de la noche los acentos de un amante, de qué música deliciosa llenan los oídos!

JULIETA. ¡Romeo!

ROMEO. ¿Mi bien?

JULIETA. ¿A qué hora enviaré a encontrarte mañana?

ROMEO. A las nueve.

JULIETA. No caeré en falta. De aquí allá van veinte años. He olvidado para qué te llamé.

ROMEO. Déjame permanecer aquí hasta que lo recuerdes.

JULIETA. Lo olvidaré para tenerte ahí siempre, recordando cuánto me place tu presencia.

ROMEO. Y yo de continuo estaré ante ti, para hacerte olvidar sin interrupción, olvidándome de todo otro hogar-que éste.

JULIETA. Casi es de día. Quisiera que te hubieses ido; pero no más lejos de lo poco que una niña traviesa deja volar al pajarillo que tiene en la mano; infeliz cautivo de trenzadas ligaduras, al que así atrae de nuevo, recogiendo de golpe su hilo de seda. ¡Tanto es su amor enemigo de la libertad del prisionero!

ROMEO. Yo quisiera ser tu pajarillo.

JULIETA. Yo también lo quisiera, dulce bien; pero te haría morir a fuerza de caricias. ¡Adiós! despedirse es un pesar tan dulce, que adiós, adiós, diría hasta que apareciese la aurora.

*(Se retira.)*

ROMEO. ¡Que el sueño se aposente en tus ojos y la paz en tu corazón! - ¡Quisiera ser el sueño y la paz para tener tan dulce lecho! Me voy de aquí a la celda de mi padre espiritual, para implorar su asistencia y noticiarle mi dichosa-fortuna.